

HOMENAJE A RAFAEL SEGOVIA

Fernando Serrano Migallón
coordinador

EL COLEGIO DE MÉXICO
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
CONSEJO NACIONAL DE CIENCIA
Y TECNOLOGÍA

ÍNDICE

Presentación	11
<i>Andrés Lira</i>	
Rafael Segovia. Una presentación innecesaria	13
<i>Fernando Serrano Migallón</i>	
I. MÉXICO: HISTORIA Y SOCIEDAD	
Legitimidad y cultura política: una discusión teórica y una revisión del caso mexicano	25
<i>Ilán Bizberg</i>	
Propiedad e interpretación histórica en la obra de Manuel Payno	45
<i>Andrés Lira</i>	
La falsa generosidad en la defensa de los derechos culturales de los indígenas mexicanos	55
<i>Bernardo Mabire</i>	
México y sus imperialismos. Activación y desactivación del nacionalismo en el siglo xx	77
<i>Lorenzo Meyer</i>	
II. SISTEMA POLÍTICO MEXICANO	
La lucha por el poder en el PAN	97
<i>Carlos Arriola</i>	
El Partido Revolucionario Institucional	155
<i>Alberto Arnaut</i>	
El presidencialismo mexicano, ¿cuánto es indispensable limitarlo?	193
<i>Rogelio Hernández Rodríguez</i>	
Los estudios sobre el elector mexicano. Cuatro enfoques de análisis electoral en México	211
<i>Juan Molinar Horcasitas y Rafael Vergara Tenorio</i>	

MÉXICO Y SUS IMPERIALISMOS. ACTIVACIÓN Y DESACTIVACIÓN DEL NACIONALISMO EN EL SIGLO XX

LORENZO MEYER

LA POLÍTICA DEL NACIONALISMO MEXICANO

Hasta que coincidieron en 1982 la crisis política con la económica, el nacionalismo era considerado parte integral e indispensable de la ideología oficial mexicana. Desde el poder, era presentado como elemento central en la concepción del interés nacional de la élite política y, por ello, guía y razón de ser tanto de la política interna como externa del país. En 1976 Mario Ojeda resumió así el papel que supuestamente desempeñaba el nacionalismo posrevolucionario:

...si el nacionalismo es el vínculo esencial del consenso y éste es a su vez elemento fundamental para la estabilidad, la cual es el marco indispensable para el desarrollo, una política exterior que alimenta el nacionalismo fomentará, en consecuencia, el consenso, la estabilidad y el desarrollo.¹

Sin embargo, en un artículo publicado ocho años antes, Rafael Segovia ya había puesto en duda el peso y valor que la ideología nacionalista tenía en la política real de México. Y concluía señalando que a fin de cuentas la Revolución mexicana había producido un nacionalismo "refrenado, contenido y silenciado". La explicación de por qué el nacionalismo original no había desembocado en xenofobia ni menos en la definición clara del "enemigo externo" se encontraba en la necesidad de la élite política revolucionaria y posrevolucionaria de moderarse frente al exterior en aras de lo que realmente era su objetivo central: el crecimiento económico. En efecto, el imperativo de una relación económica funcional con el mundo externo había obligado a los líderes mexicanos, desde Obregón en adelante —con excepción de Lázaro Cár-

¹ Mario Ojeda Gómez, *Alcances y límites de la política exterior mexicana*, p. 169.

denas—, a evitar el choque de frente con el país que era el objetivo natural de su nacionalismo: Estados Unidos. A la larga, pronosticaba Segovia, ese nacionalismo acaparado por PRI y sin gran sustancia que se vivía a mediados de los sesenta inevitablemente se fraccionaría cuando las grandes familias políticas dejaran de vivir bajo el mismo techo del autoritarismo mexicano.²

A fines de los años ochenta llegó el futuro avizorado por Segovia en los sesenta, cuando un grupo de jóvenes tecnócratas tomó las riendas del sistema en un momento de profunda crisis económica y política. Los nuevos dirigentes decidieron marginar, entre otros muchos, a los elementos nacionalistas dentro del partido de Estado e incluso se dieron el lujo de dejar fuera del núcleo de la ideología oficial al nacionalismo “refrenado” por considerar que en las nuevas condiciones —la crisis del modelo de economía protegida— era ya un obstáculo para la meta de siempre: el crecimiento económico. En efecto, era necesario el ingreso masivo, sin precedentes, de capital externo para devolverle viabilidad a la economía mexicana y el nacionalismo resultaba disfuncional en el nuevo modelo. El lugar del viejo nacionalismo en el cuadro ideológico oficial fue ocupado de inmediato por la globalización y la economía de mercado: el neoliberalismo. Se propuso entonces —1987— que se echara abajo el modelo económico proteccionista y estatista y que México ingresara a lo que se había rechazado con bombo y platillo apenas el sexenio anterior: al Acuerdo General de Aranceles y Comercio. Apenas habían corrido tres años cuando se dio un paso aún más audaz: se anunció formalmente el inicio de la histórica negociación entre México y Estados Unidos de un tratado de libre comercio (TLC), al que poco después se uniría el Canadá.

Con la derecha tecnocrática en el poder, el nuevo objetivo nacional, por tanto, ya no sería la construcción y consolidación de una independencia económica relativa frente a Estados Unidos, sino lo opuesto: la integración de México a la economía de ese país, la mayor potencia mundial y el “enemigo externo”, implícito, del nacionalismo revolucionario que acababa de descartarse. En Estados Unidos, que apoyó la idea del TLC —también hubo opositores—, se vio a Carlos Salinas, el líder del neoliberalismo, como el mejor presidente en la historia de México por haberse atrevido a romper con la vieja retórica antinorteamericana, es decir, con el discurso nacionalista.³

En 1993 —y con una oposición inefectiva tanto en México como en

² “El nacionalismo mexicano. Los programas políticos revolucionarios, 1929-1962”, pp. 349-359.

³ Paul Krugman, “The uncomfortable truth about Nafta, its foreign policy, stupid”, p. 18.

Estados Unidos—, el TLC se firmó, ratificó y entró en vigor al año siguiente. Fue justamente entonces cuando tuvo lugar el levantamiento indígena en Chiapas que, entre otras cosas, reivindicaba el nacionalismo frente al TLC, pero no el que acababa de morir sino el original, el que había nacido con la Revolución mexicana. Pero, ¿cuál fue y de donde surgió ese nacionalismo que en 1994 unos buscaban enterrar y otros revivir?

LA NATURALEZA HISTÓRICA DEL NACIONALISMO REVOLUCIONARIO

Cualquier definición de nacionalismo es problemática, pero la de Robert Freeman Smith sobre el nacionalismo revolucionario mexicano es útil; advirtiendo que el nacionalismo varía según la época, cultura y experiencias históricas, él lo define como: “[La] afirmación del control nacional sobre la economía y la sociedad y [un] movimiento de regeneración nacional.”⁴ El nacionalismo que surgió de la Revolución mexicana no fue, en lo fundamental, xenofóbico.⁵ En realidad, su energía se concentró, y también fue su objetivo, en la reafirmación de México y lo mexicano frente a los efectos de los diversos imperialismos que a lo largo de cuatrocientos años habían hecho de la sociedad mexicana un objeto del sistema internacional. Desde esta perspectiva, la Revolución mexicana se puede interpretar no como una explosión antiextranjera sino como una reacción antiimperialista. Y se trató de confrontar no sólo la acción imperial más inmediata —la norteamericana— sino todo el pasado colonial. Fue por ello, al menos en principio y no sin grandes contradicciones, por lo que el nuevo régimen que surgió de las cenizas del Porfiriato se propuso menos atacar y destruir la presencia de lo extranjero en México —no había un espíritu bóxer— y más revalorar aquello que, en función de lo extranjero, se había discriminado y despreciado en el pasado —lo indígena—, así como reintegrar a manos mexicanas el control de las principales riquezas naturales —la tierra y el petróleo— y, finalmente, consolidar la capacidad de la nueva élite política para conducir por sí misma el proceso político interno.

Recuperar para la clase política el control sobre el desarrollo político, para los campesinos la tierra, para el Estado los hidrocarburos y los ferrocarriles, así como reafirmar el valor de lo indígena y lo mestizo, resultó una forma de saldar cuentas con el pasado —el inmediato y el

⁴ *Los Estados Unidos y el nacionalismo revolucionario en México*, p. 18.

⁵ La mejor discusión sobre la naturaleza del nacionalismo revolucionario se encuentra en Alan Knight, *U.S.-Mexican relations, 1910-1940. An interpretation*, pp. 53-69.

más antiguo— y preparar un futuro donde México no tuviera que insistir en negar o suprimir su naturaleza profunda, la civilización que le era propia, sino aprovecharla como fuente de orgullo y energía.⁶

Los cambios políticos que trajo consigo la Revolución mexicana cristalizaron en un régimen formalmente democrático pero realmente autoritario, con una presidencia muy fuerte montada sobre un partido de Estado y actores políticos corporativizados. Al concluir la segunda guerra mundial, la clase política mexicana había logrado recuperar completamente el control de los hilos centrales del poder político y de buena parte del económico. Fue entonces cuando el nacionalismo revolucionario, apenas consolidado, empezó a perder fuerza —sobre todo en lo económico— y a vivir cada vez más en el discurso y menos en una realidad que requería una relación sin tensiones con Estados Unidos, la primera potencia mundial. Ahora bien, lo que podría llamarse la materia prima del nacionalismo original —el resentimiento contra los efectos negativos de la acción histórica de las potencias externas sobre México— no desapareció, sino que simplemente la lógica del proceso de acomodo de la élite posrevolucionaria mexicana con el mundo externo lo forzó a retornar al sitio de donde había salido: al trasfondo de la conciencia histórica colectiva.

MÉXICO Y SUS IMPERIALISMOS

En este fin del siglo xx, el término imperialismo parece haber perdido buena parte de su vigencia, pero la historia mexicana de 1521 a la fecha —la política, económica, social y cultural— no se entiende cabalmente si se hace a un lado el contenido del concepto de imperialismo. En buena medida lo que hoy es México es el resultado de la acción de ciertas potencias externas sobre la sociedad mexicana y la reacción de ésta a esos proyectos imperiales.

Como otros términos clave de las ciencias sociales, el concepto de imperialismo no tiene una definición universalmente aceptada, pero en cualquier caso su contenido siempre se refiere a “el movimiento expansionista de una potencia, impulsado por la voluntad de poder y la convicción de superioridad”.⁷ No hay duda de que a lo largo de los últimos cinco siglos México se ha desarrollado dentro de un sistema mundial donde no ha faltado la potencia expansionista que haya mostrado vo-

⁶ Por naturaleza profunda de México se entiende aquí la que identifica y explica Guillermo Bonfil en *México profundo. Una civilización negada*.

⁷ Jorge Xifra Heras, “Imperialismo”, *Diccionario UNESCO de ciencias sociales*, vol. II, p. 1054.

luntad de poder frente a la sociedad mexicana, basándose, entre otras cosas, en una superioridad material real y en una convicción de superioridad moral.

En el caso concreto de México, el resultado de la acción imperial se asemeja al de las capas geológicas. A la acción del primer imperialismo, el español, le siguieron otros cuyos impactos se fueron acumulando y sobreponiendo uno sobre otro, sin que ninguno realmente desapareciera del todo. Obviamente, en cualquier momento dado la presencia más evidente es la del imperialismo más reciente —en el siglo xx, el norteamericano—, pero la de aquellos que lo antecedieron no se perdió, simplemente fue empujada hacia abajo, pero todas esas capas o herencias imperiales forman parte importante del suelo histórico —político, económico y cultural— sobre el cual se asienta la sociedad mexicana contemporánea.

Al desmoronarse a principios de este siglo el sistema político creado por los liberales victoriosos en el xix —el porfirista—, varias fuerzas internacionales con intereses en México se vieron tentadas o llevadas a intervenir directamente en el complicado proceso de destrucción y reconstrucción del sistema político mexicano. En ese momento se hicieron presentes los representantes de todos los imperialismos que habían actuado sobre la sociedad mexicana a lo largo de cuatro siglos: el español, el de las potencias europeas —en particular Gran Bretaña— y el norteamericano. A veces esos imperialismos cooperaron y a veces entraron en conflicto; en cualquier caso, el nacionalismo revolucionario se desarrolló como una reacción frente a todos ellos: frente a su acción concreta entre 1910 y 1940 y frente a su legado de las etapas anteriores.

La acción de estos imperialismos en los primeros años del siglo reflejó muy bien sus orígenes, fuerza y correlación entre objetivos, instrumentos, metas y logros. España prácticamente ya no pudo intervenir, aunque no dejó de intentarlo en el crítico año de 1913, y la mayor parte del tiempo se limitó a acciones puramente defensivas. Gran Bretaña pretendió intervenir, pero con instrumentos limitados, y tras chocar de frente con Estados Unidos subordinó su acción a la de la potencia emergente. El imperialismo más nuevo, lleno de energía y con un proyecto relativamente claro, fue, desde luego, el norteamericano. Sin embargo, la magnitud y complejidad del fenómeno revolucionario mexicano fueron tales que, pese a su voluntad y recursos, Estados Unidos sólo parcialmente logró sus objetivos al sur del Bravo.

Francia, por su parte, se limitó a seguir y apoyar la acción norteamericana, esperando cosechar el fruto de esa subordinación en el frente europeo. Alemania, que apenas despuntaba como potencia con bríos coloniales, fue neutralizada en México por la acción de norteamericanos

y británicos. España después de 1914 no pudo hacer otra cosa que mantenerse a la defensiva.

EL DESARROLLO DE LOS IMPERIALISMOS

Del siglo XVI al XVIII, la fuerza externa con voluntad y acción de poder sobre México fue, obviamente, España, uno de los grandes estados nacionales originales. La energía generada por la unidad política española tras el fin de la reconquista en el siglo XV dio a ese reino la posibilidad de dominar rápidamente a las sociedades mesoamericanas recién descubiertas e imponerles sus intereses e instituciones políticas, económicas, religiosas, sociales y jurídicas. El español y todo el caudal cultural que esa lengua traía penetró en las sociedades mesoamericanas originales dentro de un claro contexto de dominación y superioridad material y moral de lo europeo sobre lo nativo. Al final de los tres siglos de dominación española, México era la sociedad americana donde más rápido había avanzado el mestizaje y donde empezaban a surgir los primeros elementos de un nacionalismo, especialmente a través del culto guadalupano.⁸

En la etapa final del periodo de dominación española, Gran Bretaña ya se perfilaba claramente como la sucesora del imperio español en México y América. Aún antes de que la independencia latinoamericana tuviera lugar, el empuje británico obligó a la corona española a abrir parcialmente la puerta de su imperio americano a la penetración económica de quien, sin duda, era ya la potencia central del sistema internacional gracias a su desarrollo tecnológico y político.⁹ En el siglo XIX, y tras haber logrado su independencia, México, como otros de los países de América Latina, fue objeto de acciones procedentes de lo que restaba del imperialismo español —los intentos de reconquista—, del de las potencias europeas en ascenso —Gran Bretaña y Francia—, así como del norteamericano.

Con la independencia y la expulsión de los españoles en el tercer decenio del XIX, la influencia económica española en su antigua colonia disminuyó, pero no mucho. El comercio interior mexicano siguió dominado por españoles, y como capitales individuales los españoles siguieron estando entre los más fuertes, con inversiones en comercio,

⁸ En relación con el primer tema, el mestizaje, véase Jaime Rodríguez y Colin M. MacLachlan, *The forging of the Cosmic Race. A reinterpretation of Colonial Mexico*, p. 3. En torno al guadalupanismo como principio de nacionalismo, véase Enrique Florescano, *Memoria mexicana*, pp. 253s., y David A. Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*.

⁹ Peggy K. Liss, *Atlantic empires. The network of trade and revolution, 1713-1826*.

minas, textiles, ingenios, monopolios del gobierno y bienes raíces. Políticamente, la intervención de miembros de la colonia española en asuntos internos mexicanos fue constante —el proyecto monárquico encontró en ellos gran apoyo—, y obviamente cuando estalló la guerra de Reforma su intervención fue del lado de los conservadores. Los episodios de conflicto social entre españoles y mexicanos, especialmente en tierra caliente, fueron constantes, al punto que entre 1856-1861 se consideró seriamente en Madrid y en México la posibilidad de un choque armado. La actitud conciliadora del general Prim, jefe de la fuerza expedicionaria española en 1862, sería el punto de partida para una reconciliación cuando la estabilidad retornara a México con el general Porfirio Díaz.¹⁰

En sentido estricto, el británico fue el primer imperialismo poscolonial en actuar y lograr resultados en México. Para empezar, Gran Bretaña reconoció la independencia de México e impidió que otras potencias auxiliaran a España en su empeño por recuperar su imperio americano, con lo cual aseguró el fracaso del intento de reconquista español en México en 1829; en segundo lugar, estableció los términos en los que se desarrollaría el intercambio comercial, y que resultaron ser extremadamente favorables para los británicos. Ese intercambio partió de una supuesta igualdad entre las dos naciones, lo que permitió a Gran Bretaña explotar a fondo sus ventajas comparativas.¹¹

En la certera frase de Tulio Halperín, para América Latina los británicos resultaron ser los españoles del siglo XIX.¹² El suyo fue ya un imperio informal, uno que no deseaba asumir la soberanía sobre la región sino únicamente hacer efectiva su superioridad tecnológica y financiera a través del libre comercio y la inversión. Por ello, una vez establecidas las relaciones diplomáticas con México en 1825, e incluso desde antes, los británicos hicieron sentir su presencia en la antigua Nueva España. Fue a través de las casas comerciales ligadas a los principales bancos ingleses por donde pasó el grueso del comercio exterior mexicano; fueron británicas las más importantes inversiones mineras y los tenedores de la deuda externa mexicana. Al final de cuentas, el éxito económico del imperio informal no fue el que Londres esperaba.¹³ El que hayan ganado poco e incluso perdido algunas de las empresas

¹⁰ Para un estudio de la compleja y difícil relación entre México y España antes del Porfiriato, véase Romana Falcón, *Las rasgaduras de la descolonización. Españoles y mexicanos a mediados del siglo XIX*.

¹¹ John Gallagher y Ronald Robinson, "The imperialism of free trade".

¹² Tulio Halperín, *The aftermath of revolution in Latin America*, p. 38.

¹³ James Fred Rippey, *British Investments in Latin America, 1822-1949. A case study in the operations of private enterprise in retarded regions*.

británicas en México no se debió a la falta de voluntad política y empresarial de los súbditos de la corona británica, sino a la debilidad del contexto institucional de la nueva nación y al desconocimiento británico de las condiciones imperantes en la antigua Nueva España.

La inestabilidad de los gobiernos y la ausencia de un verdadero Estado nacional en México en la primera parte del siglo XIX llevaron a que el gobierno de Su Majestad Británica y sus inversionistas se desinteresaran de México e incluso organizaran una demostración colectiva de fuerza para cobrar deudas. En efecto, desde el punto de vista británico la Convención de Londres de 1861 que llevó al desembarco tripartita en Veracruz —españoles, ingleses y franceses— únicamente buscaba impedir que fueran ignoradas las reglas sobre deudas que daban seguridad a la inversión europea en el mundo periférico. Los franceses, en cambio, tenían otros planes y decidieron tomar el relevo como el imperialismo europeo con mayor empuje en México, aunque para entonces los norteamericanos y la doctrina Monroe eran ya un gran obstáculo.

En contraste con los imperialismos europeos en esa primera mitad del siglo XIX, el expansionismo y la voluntad de poder de los Estados Unidos se dejaron sentir sobre México menos por la vía económica y más, mucho más, por la acción directa a través de la apropiación de territorio. No sería sino después de haber logrado expandirse de océano a océano tras la guerra con México, de 1846-1848, cuando Estados Unidos entró, poco a poco, en una etapa de relación con su vecino del sur similar a la europea, es decir, una que buscaba dar contenido a sus impulsos expansionistas, voluntad de poder y sentido de superioridad, por la vía económica.¹⁴ A partir de la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo después de resolver mediante una guerra civil su división entre norte y sur, Estados Unidos entró en competencia abierta con Gran Bretaña por el control económico de México y Centroamérica.

El imperialismo francés había llegado a las costas mexicanas poco después del británico, pero su energía y agresividad —mostradas ya desde su acción punitiva sobre Veracruz en 1838— se dejaron sentir plenamente al iniciarse la segunda mitad del siglo. El proyecto de Napoleón III fue hacer de México un Estado cliente, valioso tanto por sí mismo —el potencial minero atrajo la atención de los franceses como antes la de los británicos— como por constituir un dique para la expansión de la influencia norteamericana hacia el sur y tener el potencial de ser la base del “Gran Designio” de Napoleón III: la construcción de una América

¹⁴ Thomas D. Schoonover, *Dollars over dominion: the triumph of liberalism in Mexican-United States relations, 1861-1867*.

Latina unida a Francia en contraposición a la América sajona del norte. Se trató, pues, de un objetivo más ambicioso que el británico.¹⁵

Entre 1862 y 1867, la soberanía e integridad territorial de México se mantuvieron formalmente, pero de hecho esa soberanía quedó suspendida ante la presencia de una fuerza expedicionaria francesa (con participación belga y austriaca) para apoyar la aventura imperial de Maximiliano de Habsburgo. De haber tenido éxito el proyecto de Napoleón III y Maximiliano, la subordinación política y económica de México a Francia por la vía de una monarquía hubiera sido de largo plazo. Finalmente, la acción francesa fracasó por la imposibilidad de eliminar a tiempo la oposición de los liberales mexicanos y consolidar así el proyecto durante el tiempo en que Estados Unidos estuvo enfrascado en su gran guerra civil. Restablecida la unidad norteamericana y sostenida la resistencia de los liberales a Maximiliano, el proyecto de Francia en México se derrumbó de manera espectacular y definitiva.¹⁶

EL PORFIRIATO O LA CONVIVENCIA DE Y CON LOS IMPERIALISMOS

Cuando finalmente México logró consolidar un Estado nacional digno de tal nombre gracias a la unificación de sus élites por la vía del surgimiento de una figura presidencial fuerte, el país mostraba la persistencia y la convivencia competitiva de todos sus imperialismos.

Bajo el régimen de Porfirio Díaz, la presencia española, tan conflictiva para la nueva nación en el medio siglo que siguió a la independencia, se transformó en una relación armónica entre la numerosa colonia ibérica —la mayor y más dispersa colonia extranjera en México— y las clases dirigentes mexicanas. Exactamente lo mismo se puede decir de las dos grandes potencias europeas: Gran Bretaña y Francia; Díaz no sólo restableció relaciones con ellas (rotas tras la caída de Maximiliano) sino que hizo un notable esfuerzo por alentar su presencia política y económica en el país para neutralizar la creciente influencia del imperialismo más cercano y agresivo: el norteamericano. Entre 1890 y 1910 se vivió la época dorada de los intereses británicos, franceses y españoles en México. Cuando Díaz dejó el poder, la inversión norteamericana en México se calculaba en 1 290 millones de pesos, la británica en 990 millones, la francesa en 909 y la española en mucho menos.¹⁷ Una fuerza imperial que estaba tomando forma en Europa y en ciertas áreas del

¹⁵ Jean-François Lecaillon, *Napoléon III et le Mexique*.

¹⁶ Alfred Jackson Hanna y Kathryn Hanna, *Napoleon III and Mexico*.

¹⁷ Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida económica*, t. II, p. 1159.

mundo periférico, la alemana, apenas empezaba a manifestarse y sólo de una manera muy benigna, como un inversor secundario.

Para principios del siglo xx, Estados Unidos era la fuerza externa más importante, que era imposible evitar pero que se debía controlar para que no desestabilizara el proyecto nacional del liberalismo porfirista. Para entonces, el país vecino ya se había convertido en una nación con colonias, pero afortunadamente ya había sido superada la etapa de conflictos con México por razones territoriales (protección y reclamaciones por daños causados a sus ciudadanos), fronterizas (por las aguas de los ríos internacionales) o por la existencia hasta 1905 de una zona libre en la frontera norte mexicana. El grueso de la energía norteamericana en México se concentró entonces en la expansión de su influencia económica —comercio e inversiones— a costa de los intereses europeos, y el símbolo de la nueva época fue el aumento en el intercambio comercial, pese a que nunca fue ratificado el Tratado de Reciprocidad Comercial, firmado en 1883 por ambos gobiernos.¹⁸

Para 1910, hacía tiempo que el intercambio comercial y la inversión norteamericana en México habían superado a los británicos —caso único en América Latina—, y el capital total de Estados Unidos en nuestro país representaba el 45 por ciento de toda la inversión norteamericana en el continente y el 38 por ciento de toda la inversión foránea en el México porfirista. Esta inversión estaba concentrada en ferrocarriles, minas y petróleo, y con poca presencia en manufacturas, servicios públicos o comercio.¹⁹

LA REVOLUCIÓN

La Revolución mexicana fue la gran erupción social que sacó con gran furia a la superficie todas las contradicciones acumuladas en los cuatro siglos anteriores. Se trató de presiones directamente relacionadas, aunque no exclusivamente, con las consecuencias históricas de las acciones de las fuerzas externas, de los imperialismos, con la sociedad mexicana. Es claro que ya antes había habido explosiones de esa naturaleza, pero ninguna, ni siquiera la de 1810, tuvo la fuerza, la magnitud, de ésta, la llamada “primera revolución social del siglo xx”. La Revolución mexicana removió todas las capas de la geología imperial que pesaban sobre México, y todos los imperialismos, los viejos y los nuevos, tuvieron que responder.

¹⁸ David M. Pletcher, *Rails, mines and progress. Seven American promoters in Mexico, 1867-1911*.

¹⁹ Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 1137.

Los españoles se mantuvieron básicamente a la defensiva. Su preocupación principal fue proteger a una colonia muy dispersa. Aunque casi la mitad de esa comunidad de más de treinta mil personas estaba asentada en la Ciudad de México, en realidad los españoles estaban presentes en toda la geografía mexicana y, por tanto, en todas las zonas de conflicto. Aunque en algún momento la legación española consideró la posibilidad de evacuar a sus súbditos o de organizarlos para resistir por las armas una agresión revolucionaria que nunca llegó, ambas ideas se desecharon por imprácticas, cosa que, a la larga, resultó ser la mejor decisión. Es verdad que en un momento crítico uno de los mayores buques de guerra de la armada española, el *Carlos VI*, se hizo presente en el golfo de México, pero en realidad no tuvo ninguna utilidad ni España tuvo realmente elementos con qué actuar en esa línea de acción militar.

En las primeras etapas de la contrarrevolución, los españoles se identificaron, como colonia y con entusiasmo, con Félix Díaz y más tarde con Victoriano Huerta, pero el precio que finalmente tuvieron que pagar por ello fue, sin duda, muy alto, pues a partir de entonces los constitucionalistas los considerarían como enemigos.

Así, cuando las plazas de Torreón y Chihuahua cayeron en poder de los villistas, el jefe revolucionario ordenó la expulsión de todos los españoles, y por un tiempo éstos se refugiaron en Estados Unidos y abandonaron sus propiedades en la zona. Por otro lado, el apoyo, más moral que material, que dio a Huerta no salvó al español más acaudalado de todos, Íñigo Noriega, de un choque con el dictador que llevó a su salida definitiva de México.

España tampoco tuvo armas económicas que esgrimir. Los españoles no eran fuente de capital para México ni destino importante de las exportaciones mexicanas, sino todo lo contrario. Si alguien podía ejercer represalias en el campo económico, era México. Así pues, al final, España como gobierno tuvo que aguantar la humillación de ver a uno de sus ministros expulsado por Carranza, a muchos de sus súbditos expulsados a Cuba, Estados Unidos o España y cómo lo que había de xenofobia en el movimiento mexicano se expresaba primero contra los chinos y después contra los españoles. En realidad fue poco lo que Madrid pudo hacer para ayudar a sus nacionales a hacer frente a robos, confiscaciones, amenazas e incluso asesinatos. Sin embargo, y dada la actitud antiespañola de las clases populares mexicanas —derivadas no sólo en del recuerdo histórico sino en del trato cotidiano con españoles prestamistas, terratenientes, dueños de casa de empeño, de tiendas de raya, etc.—, los efectos negativos de la revolución sobre las personas y bienes de los españoles resultaron ser menores de lo que muchos temieron.

Con la caída de la monarquía en España y el establecimiento de la república en 1931, el tono de recriminación mutua de la relación hispano-mexicana cambiaría muy rápidamente. Por un momento, entre las dos revoluciones, la mexicana y la española, se produjo una gran corriente de simpatía y apoyo, al menos en el nivel oficial, pero el desastroso final de la República española en 1939 cortó de tajo y por mucho tiempo la relación de México con una España dominada por la dictadura de Francisco Franco.²⁰ México fue uno de los pocos países que siguió reconociendo a la República española en el exilio, aunque mantuvo un contacto informal pero efectivo con la dictadura franquista hasta que se restablecieron las relaciones diplomáticas entre los dos países tras la muerte de Franco y el retorno de la democracia a España en 1978.

Los británicos resultaron ser un conjunto mucho menor que los españoles o norteamericanos —5 724 en 1910—, pero más concentrados geográficamente y, desde luego, más ligados a las grandes empresas y pudieron defenderse mejor, aunque no demasiado. La extraordinaria cercanía del inversionista británico más importante en México, Weetman Pearson, con Díaz le fue cobrada por los revolucionarios: ya no pudo volver a México y a partir de 1912 decidió empezar a liquidar sus cuantiosas inversiones en México. Poco pudieron hacer los británicos para impedir que algunos de sus ferrocarriles y bancos fueran intervenidos, que a partir de 1914 se suspendiera el pago de la deuda externa, que se modificaran sus derechos sobre el petróleo, que por inseguridad las minas tuvieran que cerrar, que sus empresas agrícolas sufrieran la confiscación de algunos de sus productos y que un puñado de británicos perdieran la vida a consecuencia de la guerra civil.

Aunque la armada inglesa envió a varios buques a puertos mexicanos del golfo y del Pacífico, y en algún momento la colonia británica se militarizó para defenderse de un posible ataque directo, poco pudieron hacer los súbditos de Su Majestad Británica para presionar a México. Tampoco se pudo castigar económicamente al país, pues suspender importaciones de minerales o petróleo mexicanos hubiera afectado más a las empresas británicas que al fisco mexicano. Así, la reacción fue más bien diplomática y resultó contraproducente: se apoyó a Huerta abiertamente y en el proceso se chocó de frente con los norteamericanos. Al final la pérdida política británica fue por partida doble: frente a los revolucionarios y frente a los norteamericanos, que obligaron a la Foreign Office a subordinarse totalmente a las posiciones de Washington

²⁰ Josefina MacGregor, *México y España, del Porfiriato a la Revolución*; Carlos Illades, *Presencia española en la Revolución mexicana (1910-1915)*; José Fuentes Mares, *Historia de dos orgullos*; Thomas G. Powell, *Mexico and the Spanish civil war*.

en todo lo relacionado con los asuntos mexicanos. Fue decisión de Londres mantener la relación diplomática con Carranza y Obregón en el nivel más bajo posible, con lo que finalmente Inglaterra no ganó nada y sí perdió la oportunidad de tener sobre el terreno a personal preparado que pudiera haber aprovechado algunas oportunidades que se presentaron para defender sus intereses. Sólo cuando no quedó más remedio, cuando la revolución ya era un hecho irreversible, Londres se decidió a negociar con ella. A partir de 1925 la relación anglomexicana empezó a reconstruirse gracias a la capacidad e inteligencia del ministro británico Esmond Ovey, que supo ganarse la confianza del presidente Calles. Sin embargo, para entonces las posibilidades de invertir y de influir políticamente en México eran ya muy pocas, y disminuyeron aún más después de la expropiación petrolera de 1938 y de la nueva ruptura de relaciones diplomáticas que de ella resultó. Así, en 1941 la relación debió empezar casi de cero.²¹ Con el tiempo, los ingleses llegarían a ser el segundo inversionista externo más importante en México, aunque lejos, muy lejos, de los norteamericanos.

La reacción del imperialismo norteamericano a la Revolución mexicana fue la más importante, la más formidable, aunque no necesariamente resultó notablemente más efectiva que la de los europeos.²² Estados Unidos fue la única potencia con poder militar real sobre México, y lo empleó dos veces: con la toma de Veracruz en 1914 y la llamada expedición punitiva de 1916, pero lo movilizó y amenazó con usarlo varias veces más. Su presencia naval en todos los puertos mexicanos fue constante a partir de 1911 y sólo después de 1927 desapareció el temor mexicano de nuevas invasiones. La movilización de tropas, la negativa de préstamos, la suspensión de venta de armas o alimentos, el control de la frontera, la negativa de extender el reconocimiento diplomático a los nuevos gobiernos, el boicot a la venta mexicana de plata o petróleo en los años treinta, etc., fueron todas armas políticas y económicas usadas varias veces contra México con cierta efectividad entre 1911 y 1942.

La presión diplomática, el apoyo a una facción revolucionaria sobre otra, la extensión o retiro del reconocimiento diplomático, la protección de los cónsules a sus ciudadanos o a otros extranjeros, las reclamaciones, las presiones sobre otros países para obligarlos a modificar su política

²¹ Para una reconstrucción de las complicadas relaciones anglomexicanas a raíz de la Revolución, cf. Lorenzo Meyer, *Su Majestad Británica contra la Revolución mexicana, 1900-1950. El fin de un imperio informal*.

²² La bibliografía sobre el tema es enorme; para una visión sintética del desarrollo de la relación mexicano-americana a partir de 1910 y para una bibliografía selecta sobre el tema, cf. Vázquez y Meyer, *México frente a Estados Unidos*, pp. 123ss.

hacia México, fueron algunas de las armas en el arsenal norteamericano que fueron empleadas en la relación con México. Sin embargo, y al final de cuentas, y pese a ir en contra de ciertas interpretaciones norteamericanas de las normas del derecho internacional, los gobiernos y la sociedad mexicanos pudieron llevar a cabo una reforma agraria que afectó intereses norteamericanos, expropiar en 1938 la industria petrolera parcialmente en poder de empresas norteamericanas, diferir hasta los años cuarenta el pago de la deuda externa y disminuir mucho su monto así como el de las reclamaciones por daños causados a norteamericanos durante la revolución.

La necesidad norteamericana de concentrarse en dos guerras mundiales entre 1914 y 1945, la multiplicidad de intereses y focos de tensión para Estados Unidos a lo largo y ancho del globo, así como el hecho de que la Revolución mexicana estalló y logró consolidar sus primeras etapas antes de que hiciera su aparición el anticomunismo, permitieron a un México acotado por los viejos y nuevos imperialismos imponer en buena medida su interés nacional por sobre las objeciones e intereses de Estados Unidos y, desde luego, de las otras potencias imperiales. El nacionalismo revolucionario mexicano tuvo, por tanto, una gran oportunidad de concretarse vía sus principios de política internacional —no intervención e igualdad jurídica de los estados—, la reforma agraria y la nacionalización petrolera de 1938.²³ Más adelante, ese nacionalismo se fundió con la industrialización protegida y la reserva para el capital nacional —público o privado— de campos económicos estratégicos de la economía: petróleo, ferrocarriles, electricidad, transporte, banca, etcétera.

CONCLUSIÓN

A partir del fin de la segunda guerra mundial, el proceso político mexicano entró en una etapa de notable estabilidad. Con una presidencia extraordinariamente fuerte en el centro del sistema político y apoyada por un partido de Estado, la historia política mexicana ya no experimentó ninguna ruptura dramática y el mundo externo dejó de ser una fuerza desestabilizadora para convertirse exactamente en lo contrario. La estabilidad interna por la vía de un autoritarismo incluyente y la marginalidad mexicana respecto del hecho central del sistema internacional en los siguientes cuarenta años —la guerra fría entre Estados

²³ Cf. Smith, *op. cit.*, y Lorenzo Meyer, *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero, 1917-1942*.

Unidos y la Unión Soviética— permitieron que las élites mexicanas, políticas y económicas, establecieran una relación de “independencia relativa” frente a Estados Unidos y dedicar toda su energía a manejar al país sin gran interferencia del exterior. El nacionalismo revolucionario se hizo rutina y se burocratizó, pero hasta mediados de los años ochenta se mantuvo como un elemento central, una guía, en la formulación de la agenda nacional. Sin embargo, cuando el modelo económico en el que se había montado el nacionalismo —proteccionismo e inversión pública en sectores clave— fracasó, entonces se culpó a esa visión del interés nacional de ser una barrera para superar el problema. Y desde la segunda mitad de los ochenta la política oficial fue la de dismantlar el nacionalismo —el obstáculo— para alentar el ingreso masivo de inversión externa.

La inversión del exterior llegó —a principios de 1996 el monto de la deuda externa mexicana pública y privada era de 170 mil millones de dólares—, pero el resultado inicial de la nueva política, del México sin nacionalismo, fue muy ambiguo. El TLC alentó a ciertos sectores exportadores pero destruyó a otros cuya razón de ser era el mercado interno. En cualquier caso, la crisis de la economía mexicana no desapareció sino que se agravó; si el crecimiento promedio del producto bruto interno en los años setenta había sido de más del seis por ciento anual, en los años ochenta fue inferior al dos por ciento, y en los noventa menor del uno por ciento. La predicción de Segovia se cumplió: la izquierda que se separó del PRI en 1987 se unió a los remanentes de la vieja izquierda ideológica y retomó el nacionalismo como bandera, aunque un nacionalismo distinto, pues para todos era evidente que la economía globalizada ya no permitiría un desarrollo tan cerrado como el de veinte o treinta años atrás. Por su parte, la derecha simplemente consideró el nacionalismo una etapa superada y se propuso seguir adelante, pese a los obstáculos. En cualquier caso, para 1996 ya no quedaba nada de esa visión oficial que hiciera del nacionalismo “el vínculo esencial del consenso”; en realidad, ya no había consenso.

Al concluir el siglo xx, el nacionalismo mexicano iba a contrapelo de muchos otros en el mundo periférico: en vez de ascender descendía. Sin embargo, la memoria histórica no puede desaparecer, simplemente se replegó. Por tanto, si alguna vez en el futuro las circunstancias vuelven a poner a México en oposición con el exterior —si, por ejemplo, el nuevo modelo de economía abierta ligada a Estados Unidos fracasa—, esa memoria histórica disponible puede dar lugar al resurgimiento de un nacionalismo defensivo, justamente como ocurrió a principios del siglo xx. Ésta es, desde luego, sólo una posibilidad, pero no hay que descartarla.

BIBLIOGRAFÍA

- Bonfil, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*, México, CIESAS/SEP, 1987 (México 2000).
- Brading, David A., *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, SEP, 1973.
- Cosío Villegas, Daniel, *Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida económica*, t. II, México, Hermes, 1965.
- Falcón, Romana, *Las rasgadasuras de la descolonización. Españoles y mexicanos a mediados del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1996.
- Florescano, Enrique, *Memoria mexicana*, México, Joaquín Mortiz, 1987.
- Fuentes Mares, José, *Historia de dos orgullos*, México, Océano, 1984.
- Gallagher, John y Ronald Robinson, "The imperialism of free trade", *The Economic History Review*, vol. 1, núm. 1, 1953.
- Halperín, Tulio, *The aftermath of revolution in Latin America*, Nueva York, Harper And Row, 1973.
- Hanna, Alfred Jackson y Kathryn Hanna, *Napoleon III and Mexico*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1971.
- Illades, Carlos, *Presencia española en la Revolución mexicana (1910-1915)*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1991.
- Knight, Alan, *U.S.-Mexican relations, 1910-1940. An interpretation*, San Diego, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, 1987.
- Krugman, Paul, "The uncomfortable truth about Nafta, its foreign policy, stupid", *Foreign Affairs*, 72, núm. 5, 1993.
- Lecaillon, Jean-François, *Napoléon III et le Mexique*, París, L'Harmattan, 1994.
- Liss, Peggy K., *Atlantic empires. The network of trade and revolution, 1713-1826*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1983.
- MacGregor, Josefina, *México y España, del Porfiriato a la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1992.
- Meyer, Lorenzo, *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero, 1917-1942*, México, El Colegio de México, 1968.
- , *Su Majestad Británica contra la Revolución mexicana, 1900-1950. El fin de un imperio informal*, México, El Colegio de México, 1991.
- Ojeda Gómez, Mario, *Alcances y límites de la política exterior mexicana*, 2a. ed., México, El Colegio de México, 1984.
- Pletcher, David M., *Rails, mines and progress. Seven American promoters in Mexico, 1867-1911*, Ithaca, Cornell University Press, 1958.
- Powell, Thomas G., *Mexico and the Spanish civil war*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1981.
- Rippy, James Fred, *British investments in Latin America, 1822-1949. A case study in the operations of private enterprise in retarded regions*, Hamden, Arcon Books, 1966.
- Rodríguez, Jaime y Colin M. MacLachlan, *The forging of the Cosmic Race. A reinterpretation of Colonial Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1980.
- Schoonover, Thomas D., *Dollars over dominion: the triumph of liberalism in Mexican-United States relations, 1861-1867*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1978.

- Segovia, Rafael, "El nacionalismo mexicano. Los programas políticos revolucionarios, 1929-1962", *Foro Internacional*, núm. 32, abril-junio de 1968.
- Smith Freman, Robert, *Los Estados Unidos y el nacionalismo revolucionario en México*, México, Extemporáneos, 1972.
- Vázquez, Josefina Z. y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos; un ensayo histórico, 1776-1993*, México, El Colegio de México, 1994.
- Xifra Heras, Jorge, "Imperialismo", *Diccionario UNESCO de ciencias sociales*, vol. II, Barcelona, Planeta/De Agostini, 1987.